

# Medios y DICTADURA

## DEL “ALGO HABRÁN HECHO” AL “SON TODOS ÑOQUIS”:

ESTRATEGIAS DISCURSIVAS PARA QUEBRAR LA UNIDAD POPULAR

*En dictadura o en democracia, la derecha repite artilugios verbales para amenguar la protesta social y legitimar sus crímenes: 40 años atrás, el genocidio y la tortura; hoy, los despidos masivos y la represión. La tarea, más que nunca, es dar la batalla por el sentido.*

Lucia Fernández Méndez<sup>1</sup>

Cuatro décadas después del inicio de la dictadura cívico-militar más sangrienta que vivió la Argentina, la derecha gobierna el país otra vez, en esta oportunidad elegida por el voto popular. De esa última circunstancia se desprenden infinidad de análisis posibles, no sólo políticos, sociológicos e históricos, sino también comunicacionales. Resulta por demás de interesante indagar sobre cómo la Alianza Cambiemos logró construir el consenso suficiente para ganar el balotaje pero, sobre todo, poder

<sup>1</sup> Licenciada en Comunicación Social y adscripta del Taller de Comprensión y Producción de Textos I



identificar las estrategias discursivas que utilizan para justificar las medidas impopulares tomadas y para romper los lazos de solidaridad para con las personas afectadas por ellas.

La maniobra de armar los argumentos necesarios para hacer tolerable la violencia ejercida por el Estado contra el pueblo, no es nueva; tampoco lo es que esos mismos argumentos erijan como victimarios a los que en realidad son las víctimas. Así, quienes quedan del otro lado de la frontera imaginaria trazada por quienes detentan la hegemonía discursiva, son estigmatizados y mostrados como los culpables de sus propios destinos. Pero el efecto más perverso

de esa operación quizás no sea el de la re-victimización de las víctimas, sino la indiferencia y la aversión que buena parte de los ciudadanos que no están incluidos en ese conjunto de personas afectadas, comienzan a sentir hacia ellas.

El triste y célebre latiguillo “algo habrán hecho” surgió y circuló de forma eficaz en amplios sectores de la sociedad durante la década del 70 en Argentina, cuando el Terrorismo de Estado arrasaba cada rincón de la patria. A esa emblemática frase, síntoma de todo un clima de época, la empleaban millones de argentinos con al menos dos propósitos: el primero de ellos, el más evidente, justificar el

secuestro, la tortura y la desaparición de miles de personas. Es decir, según los enunciadores de esa máxima, los tratos inhumanos a los que eran sometidos esos individuos, no eran otra cosa que la consecuencia de su accionar cuestionable previo. El segundo, quizás menos evidente pero igual de efectivo, era obtener una cierta dosis de tranquilidad moral para sus conciencias. “A mí y a mi familia, nunca nos pasó nada”, solía escucharse, en esas mismas bocas, por aquellos días. Estar vivo y libre, para muchos, era prueba irrefutable de inocencia y buena conducta.

Otro efecto derivado de la reproducción de ese perverso mensaje era la desmovilización popular. Si quienes eran secuestrados, torturados, desaparecidos y asesinados eran culpables de su padecer, no sólo no había motivo alguno para exigir su aparición o solidarizarse con sus familiares, sino que por el contrario, había razones para apoyar, al menos por omisión, el plan de acción de las Fuerzas Militares.

Idéntica artimaña se puso en marcha en la actualidad, tras la asunción de Mauricio Macri como presidente, para respaldar el plan de despidos masivos en el Estado. Bajo la sentencia

de “los despedidos son todos ñoquis”, se intenta amortiguar los perjuicios que estas medidas podrían generar a la imagen de los integrantes de la reciente gestión, a la par que se responsabiliza a los trabajadores desvinculados por la pérdida de su empleo. Con una imprescindible colaboración de los medios de comunicación hegemónicos, en vastos sectores de la opinión pública se lograron instalar sentidos negativos en torno al rol y desempeño de los empleados estatales. El dedo apunta y dispara: “con mi plata se le paga a esta manga de vagos; no es justo”, “¡vayan a laburar!”, “¡agarren una pala!”. Quizás habría que recordarles a quienes emiten estas falaces acusaciones en contra de las miles de personas que perdieron su sustento diario sin causa alguna, que con su dinero también se pagó un genocidio o se solventó una guerra.

Una vez más, el juicio apresurado, irreflexivo y desinformado gana su pelea por la atomización de la sociedad: “  
si lo despidieron,  
es porque  
era un ñoqui y entonces  
está bien echado”

Imaginen las contradicciones que se generaron cuando a quienes se hallaban parados en esta postura, les tocó sufrir en carne propia el embate del telegrama de despido.

Igual desasosiego, o peor aun por la gravedad de las circunstancias, se generaba cuando los que se escudaban en el “algo habrán hecho” sufrían de cerca la desaparición de algún ser querido. Esas situaciones críticas pusieron y ponen en crisis el esquema mental y argumentativo con el que leían y leen la dura realidad de su tiempo, esquema que les habilitaba la posibilidad de la indiferencia o el rechazo a las víctimas y que se derrumba.

El año del 40 aniversario del Golpe de Estado de 1976 pareciera ser un momento crucial para continuar y reavivar la lucha por el sentido en todos y cada uno de los escenarios posibles, ya que ningún proceso popular emancipatorio se logra sin unidad social y sin la subversión de la palabra. Ya lo dice un viejo proverbio africano, popularizado por Eduardo Galeano: “Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador”

El año del 40 aniversario del Golpe de Estado de 1976 pareciera ser un momento crucial para continuar y reavivar la lucha por el sentido en todos y cada uno de los escenarios posibles, ya que ningún proceso popular emancipatorio se logra sin unidad social y sin la subversión de la palabra.